

Presentación

En Colombia, el siglo XX, de principio a fin, se caracteriza por la violencia, la guerra y la construcción de las bases de un orden social, político y material con serias limitaciones y contradicciones.

Agotado este siglo de nuestra historia moderna en una tensión entre aquella violencia y un orden institucional más o menos estable –difícil de explicar y mucho más de justificar–, parece surgir una circunstancia excepcional que no debería ser desaprovechada por la sociedad y por los dirigentes económicos, sociales y políticos para hacer un balance sobre la situación de la Nación y sobre sus principales problemas y perspectivas de solución: la negociación entre el gobierno del Presidente Andrés Pastrana y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARC).

Aunque esta situación excepcional se presenta simultáneamente con un momento de exacerbación de la guerra, de crisis económica, de escisión social y de desbalance del orden institucional, ella debería constituir, por lo menos, un estímulo para que la sociedad colombiana piense seriamente acerca de su destino como Nación.

El estado de violencia y guerra en que nos encontramos no puede ser mirado de soslayo, como “algo que nos afecta pero que no es asunto de nosotros”. Violencia y guerra permanentes hacen que una buena parte del

país viva en, por y para la guerra, desde el punto de vista humano, cultural, institucional y mental. La violencia parece, pues, integrada a nuestro propio ser colectivo.

La sociedad colombiana debe reaccionar contra la inercia en que la sume el miedo y el terror, y evitar el avance de la compleja descomposición social que produce la guerra. Se debe partir, entonces, del reconocimiento y evaluación de la situación que nos define y que determinará nuestro futuro posible: la violencia, la guerra y la consecuencial búsqueda de la paz. Pero se hace necesario, igualmente, valorar y reconocer la trascendencia de estos factores para la constitución de un nuevo proyecto de sociedad.

La concepción de una paz real y duradera que involucre reflexiones y acciones parciales, tangenciales o marginales, necesita, sin embargo, un movimiento histórico más consensual para reorientar el rumbo del país, que permita proyectar la paz no sólo en el sentido de detener la guerra, sino también en el de crear cimientos estables para ella, a través de la recomposición de la estructura económica, política y social del país.

Para que ésto sea posible, el Estado y los grupos armados deben asumir con responsabilidad histórica los diálogos de paz. Se debería evitar el desgaste que implica cualquier dilatada negociación en medio de la guerra, y habría entonces que considerar, por lo menos, la realización de acciones prioritarias para detener –o atenuar– la barbarie contra la población no armada.

El país requiere, además, al lado de liderazgos que correspondan a la dimensión histórica del momento que atravesamos, procesos de legitimación que aglutinen a la sociedad colombiana, desprotegida y sin convicciones respecto a su papel en este proceso y para que mediante la superación de las formas tradicionales de expresión y control del poder político, esa sociedad se convierta en el actor colectivo predominante del país.

Las ideas de ciudadanía y civilidad constituyen, sin lugar a dudas, el punto de partida que podría permitir, en la mediana duración, una recomposición de las redes sociales y de las condiciones para la construcción de un orden cultural y civilizatorio que se asiente definitivamente en un Estado democrático.

Así mismo, el encuentro de puntos de identidad cultural y política respecto del valor de una acción política cohesionada para la solución de nuestros conflictos, es una condición mínima y necesaria para el cumplimiento de este gran proceso.

El Instituto de Estudios Políticos, como espacio para la reflexión y el encuentro de las distintas visiones sobre la cultura y la problemática compleja de la política, presenta en este número algunas reflexiones sobre temas como el de la soberanía, la guerra y la identidad política; los cambios experimentados en los años noventa por el clientelismo como mecanismo de intermediación política; los problemas de la representación política en Colombia; el ordenamiento territorial, la autonomía y el desarrollo local. Así mismo, desde una perspectiva filosófica, se incluyen en este número reflexiones sobre los derechos humanos sociales, sobre la construcción de la ciudadanía en iberoamérica y sobre la democracia como cooperación reflexiva.

William Restrepo Riaza
Director
Instituto de Estudios Políticos
Enero de 2000



Instituto de Estudios Políticos
Unidad de Documentación